

SARA GALLARDO

EISEJUAZ



Eisejuaz es un libro solitario dentro de la obra de Sara Gallardo. Fundamentalmente es una experiencia lingüística y por esta particularidad se separa del resto de la producción.

Los nueve capítulos de *Eisejuaz* narran la vida de Eisejuaz, o Lisandro Vega, un mataco del norte argentino, llamado por el Señor para cumplir una misión. La experiencia religiosa de Eisejuaz está signada por los sueños y la palabra de los mensajeros, de los animales, de las plantas, de los astros, de Dios.

PRÓLOGO

Casi desconocida por el gran público por el lugar marginal que ocupa en el canon literario actual (se editó sólo una vez, en 1971), la novela *Eisejuaz* confirma el decir de su autora, Sara Gallardo: «Escribir es un oficio absurdo y heroico» (1977). Si las más de las escritoras escapan al canon de la literatura argentina, este hecho no se debe específicamente ni a los escritores ni a ellas mismas, sino al circuito difuso que dibujó la historia de las instituciones bajo el dominio de una cultura masculina que, sistemáticamente, hubo de privilegiar el hacer del varón. Y no cualquier hacer ni cualquier varón, porque también el del escritor es un oficio absurdo y heroico, por lo menos en la Argentina. Sin embargo, las operaciones de exclusión se han ejercido y ensañado históricamente con las mujeres, cerrándoles el acceso político y público y estrechando el círculo del «reconocimiento social» sobre el espacio cerrado del hogar sin cuarto propio. Entonces, son cuestiones referidas al poder y a la construcción social de ambos géneros las que hicieron que esa diferenciación cultural fuera objeto de desigualdad; situación que alcanza, también, en el campo de la literatura, a los textos cuya autora sea una mujer; no es dable asignar esa situación de desigualdad a lo que se dio en llamar «escritura femenina». La novela *Eisejuaz* viene a contradecir la concepción dicotómica que opone la «escritura femenina» a la «escritura masculina» como si hubiese, en la escritura misma, ciertos rasgos de diferenciación sexual. Es la construcción sociocultural

de los géneros la que viene a diferenciar la subjetividad femenina de la masculina, a través de unos rasgos –social e históricamente variables– que no son inherentes a la escritura sino anteriores y posteriores a dicha práctica, y que pueden o no ser asignados al sujeto ficcional que ha sido creado en un texto. Ya lo había hecho notar Virginia Woolf: la escritura literaria escapa a toda atribución sexual y ostenta su neutralidad; (el Orlando sería el modelo de la transexualidad de la escritura o de la hibridez sexual desde la que el sujeto que está escribiendo puede hacer hablar a mujeres y hombres; el lenguaje, aunque siempre social, en la medida en que participa del mundo de la ficción, escapa a la determinación del género respecto de su autoría). La escritura excede los campos definidos de lo que puede ser una escritura femenina o masculina. Más bien la lengua hace al otro y lo hace personaje, sea masculino o femenino.

Así lo hace la escritora en *Eisejuaz*, desde el momento en que crea una subjetividad masculina que es, a su vez, un sujeto trágico. Un indio que oye voces que vienen de otro lado (de las nubes, del viento, del avión, del río, de su corazón, etc.). Un sujeto múltiple que se refiere a sí mismo como «yo», «Eisejuaz», «Éste También», que se nombra a sí mismo como un yo y como otredad. Es un creyente, con vocación de místico, que no entiende lo que oye pero obedece a esas voces que le indican su destino: las voces-otras o su propia voz múltiple y tercerizada. Obedece entonces a esas voces sacralizadas y oraculares que se oponen a lo que él mismo desea ser, y vive en esa tensión entre lo que ordenan las voces y lo que su mínima sociedad espera de él. Un destino que repugna a los suyos y a él mismo, y al que acepta, leal a su creencia, aunque entrañe una aparente traición a las tradiciones de su pueblo. Semejante a la tensión de Abraham frente a la voz divina que le ordena matar al primogénito, Eisejuaz se debate entre

su destino humano, para el que le fue dada la fuerza, y su destino místico, más allá de que no lo entienda.

Conciencia mística (o psicótica) de un indio mataco cuya figura se toma indisociable del lenguaje que lo construye, la novela está centrada en la construcción de esa voz y, en ese sentido, se entreteje en sincronía con la tradición de Juan Rulfo, de João Guimarães Rosa, de Augusto Roa Bastos, de Clarice Lispector; una poética que consigue recuperar en el habla (que protagonizan indígenas o campesinos) una experiencia intensa e interna de un sujeto inocente, cuyo mundo es el de la subjetividad del personaje que construye su lenguaje y, a su vez, el del lenguaje del mismo que hace su subjetividad. Una novela que se apropia y pervierte las innovaciones formales de la novela europea y norteamericana, de Joyce y Faulkner, y se recrea en la oralidad indígena y bilingüe, ficción plena de acentos prehispánicos.

Luego, el sentido no se cierra en la novela: así como Henry James en *Otra vuelta de tuerca* creó una subjetividad femenina de la que resulta indecible decir si ve fantasmas porque los hay o porque los crea desde su conciencia psicótica y, con ello, James construye la bisagra de la ambigüedad de los lectores que se batan entre dos tradiciones literarias (de los siglos XVIII al XX) y lleva –sin inocencia– al límite de lo indecible la conciencia fantasmagórica del lector (de cualquier clase de fantasmas que hablemos, siempre los seguimos llamando *fantasmas*), es decir, pone una trampa en la que cae tanto el lector-creyente *postgótico* como el «avisado» y descreído lector *postfreudiano*, con lo que iguala a ambos desde una escritura en la que caen entrampados dos siglos de lectores –«inocentes» y «avisados»– a los que no les queda otra alternativa que incrustarle algún sentido a lo que les es contado; y entonces, James, en un doble movimiento, supera o cierra o denuncia la impostura de dos siglos. Así, Sara Gallardo crea una subjetividad masculina de la que deci-

dir si es mística o psicótica (oye las voces del Señor y de sus mensajeros o terceriza sus múltiples voces subjetivas) implica más al lector (a su ideología, supuestos y marcas culturales) que al personaje mismo y a la autora. Ambos personajes son, por decir así, inocentes y, ambos, trágicos y creyentes; ambos contradicen con la unicidad de su creencia el espacio que abren a la duda del lector o al espejo de la «comprensión» del lector creyente. En ambos casos, la unicidad de la creencia de los personajes se construye y se paga con el alto precio de la escisión: escindidos ellos mismos en el «yo» y el «ellos»: las figuras fantasmales que ve la institutriz de James; las voces sacras o sacralizadas que oye(n). Lisandro Vega (Eisejuaz, *Éste También*, el comprado por el Señor, el del camino largo; yo, Agua Que Corre, inmortal). Y ése no es el único precio que pagan los inocentes de toda inocencia: la institutriz paga con la muerte del niño al que cuida y ama (sea que lo mate, sea que se lo arrebate un fantasma); Eisejuaz paga con la pérdida del destino que había soñado para sí, que había sido augurado por su madre y esperado por la mínima sociedad de su tribu. Eisejuaz se debate entre la pérdida de su destino –la traición a su pueblo que conlleva el acto de servidumbre que dirige al más vil y andrajoso de todos los «señores»–, y la salvación de su pueblo que deviene del acto incomprensible para el que su Señor le compra las manos. «Te digo: [dice al Señor]. Es difícil cumplir en este mundo de sombras».

El íntimo grupo de escritores allegados a Sara Gallardo reconocieron siempre –entonces y ahora– la excelencia de esta novela y muchos de ellos se lo hicieron saber, más allá de que ella no terminara de creerles. El 1.º de diciembre de 1971, desde El Paraíso, Manuel Mujica Lainez le escribe:

Querida Sara: Esta mañana terminé la lectura de tu novela «Eisejuaz», que me mandó, con

otras, la Editorial Sudamericana, y de inmediato sentí la necesidad urgente de enviarte unas líneas de felicitación muy entusiasta y muy sincera. ¡Qué libro extraño y bello has logrado!

No imagino cómo se te ocurrió, ni cómo se atreviste a emprenderlo. ¡Qué audacia! Todo se ajusta en él a la perfección: la psicología del conmovedor –tan humano y santo– indio mataco; la atmósfera en la cual se desarrolla su vida; los personajes que lo rodean encabezados por el infernal Paqui; el idioma con el cual Eisejuaz narra su historia terrible y absurda, una lengua que implica una verdadera creación, que manejas admirablemente de un extremo al otro del libro, y que me temo sea contagiosa. Ojalá la gente comprenda lo valioso de tu texto. Ojalá – como me sucedió a mí– atraviése, deje atrás, la sorpresa, la desazón de las primeras páginas y, una vez adaptada a las exigencias de un relato que hubiese perdido notablemente si no hubiera sido redactado así, se interne en la singularidad alucinante del mundo que te adeudamos. No sé –lo ignoro casi todo de la literatura latinoamericana– si en otro país de nuestro continente han intentado nada, por ese mismo y peligroso camino. Aquí, tengo la certidumbre de que no existe nada en el tipo de tu libro, el cual será seguramente imitado [...]. Nos llenaremos, por causa tuya, de confesiones indias. Aunque, ¡quién sabe! No es tan fácil. [...]

En fin, me despido saturado, gracias a ti, de imágenes nuevas y quedo en compañía de un héroe mitad ángel y mitad monstruo que, en el medio de la mediocridad intelectual que nos rodea, se alza con la robustez de un testimonio.

Te abrazo. Manucho

[Carta inédita, facilitada por Paula Pico].

ELENA VINELLI

EL ENCUENTRO

Dije a aquel Paqui:

–Procura no morirte. A la tarde te ayudaré. Había llovido mucho por esos días y los camiones no podían entrar en el pueblo. Renegaban los camioneros a causa de la lluvia; renegaban, por tanta agua.

Yo no conocía a Paqui. Lo creí muerto, en el barro.

Pero me dijo:

–Algún día podés encontrarte como estoy yo. Iba a mi casa, al otro lado del aserradero de don Pedro López Segura, donde fui motorista cuando tuve los sueños. Manejaba la caldera en aquel tiempo de los sueños, ya pasado. Iba a mi casa y pensé: «¿No será el que estoy esperando?».

Por eso volví atrás:

–Procura no morirte. A la tarde te ayudaré.

Un camionero dijo entonces:

–Yerba mala nunca muere.

Él ni nada. Como muerto. Y semejante mugre. Llegué a mi casa y dije al Señor. «Si es éste, hacémelo saber». Tres, diez veces, veinte pedí: «Si éste es, que yo lo sepa». Y nada no pasó. Ni paró la lluvia. Puse a cocinar el pescado, y nada. Tenía un trabajo urgente, hice mi trabajo. Fui a buscar a aquel Paqui.

Los camioneros estaban en el almacén de Gómez esperando que parara la lluvia. «Ahí va Vega». Otro: «¿Buscas un tesoro?». Nada no hablé. Llevaba una hamaca para envolverlo, porque no podía caminar.

–¿Estás vivo? Vine a ayudarte.

No contestó.

–¿Estás vivo? Vine, como te dije.

No contestó. Entonces pensé que me había equivocado, que no era el mandado por el Señor. «Mejor para mí –pensé–. Mejor». Iba a alegrarme. Pero vi que había abierto un ojo y que lo cerró. Entonces lo envolví en la hamaca y lo cargué en mi espalda.

Había mucho barro. Me caí. Aquel hombre se quejó. También me caí otra vez. También se quejó. Quedé lleno de barro entonces, con semejante mugre. Cuando pasamos por el almacén de Gómez los camioneros dijeron: «Ahí va Vega. Encontró su tesoro». Y a Paqui: «Vas en carroza, carroña».

Di una vuelta grande para no cruzar por el aserradero, llegué a mi casa, dejé a ese Paqui en un rincón, calenté la sopa de pescado, hablé al Señor. No supe con qué palabras, solamente le dije: «Aquí estoy, aquí estoy».

Llovió mucho esas noches, llovió esos días, ya no había ropa seca, nada no había.

El Paqui era un estropeado, un paralizado, un enfermo. Yo no sabía su nombre. Le saqué las ropas y las puse al lado del fuego. Me saqué las ropas y las puse al lado del fuego. Pero el agua entraba por la puerta.

Dijo:

–Algún día podés encontrarte como estoy yo.

Dije:

–Ya estuve sucio, ahora estoy desnudo. ¿Qué más querés?

Dijo:

–Todos ustedes son sucios y desnudos. Te podés quedar duro, y hacerte encima las suciedades; tener hambre y morder el bocado en la tierra. Y tener a las mujeres con el

pensamiento. Es lo que te digo. Así podés quedar. Así quiero verte.

«Aquí estoy, aquí estoy». Di la sopa de pescado a aquel hombre y se quedó dormido en el rincón. Dormido, en aquel rincón.

Dije al Señor: «No dejes que me arrepienta».

Al otro día entraron los camiones en el aserradero. Traían cedro, quebracho, lapacho, palosanto, algarrobo, pacará, mora, palo amarillo, palo blanco, incienso. Cargaron las tablas y se fueron para Salta.

Había sol ese día, y Mauricia Suárez bajó con las otras a la canilla del agua. Yo estaba con mi botijo buscando agua. Y me habló:

–Las cosas van mal. ¿Cuándo vas a volver?

–No voy a volver, Mauricia, ya sabés. Decile a tu marido que se ocupe.

–Mi marido no sirve. ¿Cuándo vas a volver?

–Ya sabés que no puedo volver. Ya no voy a volver a ese campamento. Ya no vuelvo a esa misión.

–Se vamos a morir todos si no volvés.

Yo me tapé las orejas y me fui con el agua. Las mujeres se rieron. Por el camino dije al Señor: «¿Hasta cuándo tanta mala sangre? ¿Hasta cuándo?». Lo decía por los paisanos, tanta miseria, y por mí, tanto dolor.

Paqui siempre dormido en su rincón. Y tuve un pensamiento: «¿No he visto a este hombre en alguna parte?».

Yo soy Eisejuaz, Éste También, el comprado por el Señor, el del camino largo. Cuando he viajado en ómnibus a la ciudad de Oran he mirado y he dicho: «Aquí descansamos, aquí paramos». Allí mi padre, ese hombre bueno, allí mi madre, esa mujer animosa con el hijo de encargue, allí tantos kilómetros saliendo del Pilcomayo a pies hicimos

por la palabra del misionero. Allí mis dos hermanos. Allí yo, Eisejuaz, Éste También, el más fuerte de todos. Veo y digo: «Aquí se descansamos, aquí paramos». Los lugares no tenían nombre en aquel tiempo.

He visto esos lugares desde el ómnibus una vez, cuando fui a la ciudad de Orán a pedir el primer consejo, en aquel tiempo en que tuve los sueños. Pero llegó un día en que no fui a ninguna parte: ni a Orán, ni a Tartagal, ni a Salta, ni tampoco trabajé más en el aserradero. Hice la casa de paja colorada pasando las vías del tren, y esperé el momento que el Señor me anunció. Esperé al que me iban a mandar.

Paqui, en su rincón:

—¿Para qué me trajiste aquí, che, decime?

El fuego no había secado las ropas; le pasé un diario bajo del cuerpo y otro por encima. «¿No he visto a este hombre en alguna parte?».

—¿Qué podés mover? Las manos, las patas, decí: qué.

Se puso a gritar.

—No voy a vivir aquí, no voy a vivir aquí. Aquí no.

Le di la sopa y moví las ropas en el sol. Gritó:

—Salvaje. No sabés quién soy.

Colgué las ropas en el viento y me fui al pueblo.

En la puerta del hotel, doña Eulalia. Ingrato, me dijo. Yo la saludé.

—Ayer cumpliste años. ¿Te acordaste?

Yo no me había acordado.

—Quince cumplías el día que te tomé en el hotel. Treinta y cinco has cumplido ayer. El tiempo pasa.

—No se cumplimos años los que nacemos en el monte, señora.

Dijo:

—No hay que ser agreste, hijo, hay que agradecer.

Supe en esa hora que sí era Paqui aquel que me mandaba el Señor, aquel que había esperado, y que podía tratarlo como mío. Dije:

–En ese tiempo empezaba el segundo tramo de mi camino, señora. Hoy empezó el último.

Doña Eulalia me llamó incorregible.

–Siempre estás alto como la puerta, ancho como un caballo, pobre Lisandro. El tiempo pasa. Ya me ves viejita y pesada. Pero San José castísimo no abandona a sus corderos.

Yo le dije hasta luego señora. Doña Eulalia: si trabajaba de nuevo en el aserradero, si era motorista otra vez, si hacía otro trabajo. «No, ya no». «Es feo ser haragán, Lisandro. Has sido buen trabajador». Pero yo seguí mi camino, y cuando estuve solo dije al Señor: «Era el que me mandabas; aquel que me anunciaste. Bueno. Cumpliré. Bueno».

Caminé hacia el río por dentro del monte para no encontrar gente ni camiones, y levanté los brazos. Y saludé al río porque es hermano del Pilcomayo, y la tristeza me echó al suelo. Dije al Señor: «¿De dónde lo sacaste así, tan malo?». Por Paqui lo decía. «¿Cómo lo pensaste así? ¿No pudo ser de otro modo? ¿Por qué pensaste tu promesa de esta forma?».

Lloré: «¿No podía ser de otro modo?».

Me golpeé la frente y grité:

–¿No podía ser de otro modo?

El Señor brilló sobre el río pero no me habló, movió el monte pero no me habló.

–Aquí está Eisejuaz, Éste También, tu servidor, ¿y no le hablaste? Ya empezó el último tramo de su camino, ¿y no le hablaste? Pero Eisejuaz, Éste También, fue comprado por tu mano. Y en el hotel, lavando las copas, oyó tu palabra.

Así lloré. El Señor movió el monte, y me sonrió.

Y me volví al pueblo sin secarme las lágrimas.

Los camiones pasaban para Salta llevando tablas. «¿Dónde dejaste la bicicleta, Vega?». Y levanté el brazo

para decir adiós. «Empezó el tramo final», quería decir. Caminaba, y el barro me puso blancas las zapatillas.

Tanta mosca y tanto olor del Paqui saliendo por la puerta de mi casa. Y no era la puerta de mi casa, era la casa de los dos. Sin hablar quité los diarios sucios, le eché agua, lo sequé con pasto, con papeles, le di el cabo del pescado, el final, lo que quedaba del pescado. Y ya no quedó pescado. Gritó de nuevo:

–Aquí no voy a vivir, aquí no. Ni sabés quién soy.

Comí afuera de la casa una papa que tenía, pensando. Afuera de la casa, pensando: «Hay que trabajar ahora, Eisejuaz, hay que alimentar, hay que cuidar».

Me levanté:

–¿Cuál es tu nombre?

Cerró los ojos.

–¿Cuál es tu nombre?

Se puso a gritar:

–¡No voy a vivir aquí! ¡Aquí no; aquí no voy a vivir; aquí no!

Busqué la hamaca, se la eché encima sucia como estaba, lo cargué en la espalda.

Lo dejé cerca del zanjón.

–¡Eh, ayudá, loco, ayuden, no me dejen morir!

Lo dejé allí, aunque llegaba la noche.

Vino Mauricio, y yo en la casa.

–Mauricia, ¿qué hacés aquí?

–Ya sabés, vos. Ya sabés qué hago aquí.

Como su hermana, para turbar el corazón. Linda, para turbar el corazón.

–Andate, che, tu marido te va a matar.

–¿Dijiste alguna vez: tu marido te va a matar? El reverendo quiere que vayas. Él me manda.

–No te manda, che, andate. No tengo dos palabras.
Se echó al suelo como hacía antes, igual que antes. Yo salí amera de la casa. Le dije:

–Andate.

Ella me quiso arañar la cara. Le dije:

–Ya empezó el último tramo de mi camino. Ese que esperaba ya llegó.

Ella:

–Un día te pesará lo que me has hecho.

Tenía la cara de su hermana, y yo quedé con el corazón turbado, porque su hermana fue mi mujer y fue mi compañera y tuvo más conocimiento de todas las cosas. Pero eso también terminó. Y Mauricia, esa muchacha linda, siempre nos envidió.

Cuando vino la noche bajé al zanjón. Me senté a escuchar qué hablaba solo aquel Paqui en aquel sitio, y hasta la medianoche lo escuché sin entender lo que decía. Fue mejor; sólo maldades salían de su boca. Y después me vio, porque la luna había subido. Y gritó:

–¡Otra vez!

Nada no hablé.

–¡Tengo hambre! ¡Tengo frío!

Nada no dije. Lo miré y no hablé.

–Mátenme, entonces. Matame vos, que ni sabes quién soy.

–¿Cómo es tu nombre?

–Paqui es.

–¿Y qué es lo que vos querés?

–Morirme, eso quiero.

–Te mato ahora.

–¿Para qué? –Asustado–. No te sirvo de comida.

–No se comemos gente pero sabemos matar.

–No soy gente.

–Ya sé.

–Soy una carroña.

–Ya sé. ¿Y qué es lo que querés?